

INFORME FINAL

Memorias de la guerra. Participación de jóvenes rurales en procesos de memoria desde una perspectiva intergeneracional en la región del Oriente Antioqueño, Colombia

Presentación

Recogemos en este artículo los resultados de un proyecto de investigación desarrollado en la región del Oriente Antioqueño, Colombia entre junio de 2013 y mayo de 2014. En la primera parte presentamos el problema de investigación, las discusiones teóricas más importantes para el trabajo y la metodología utilizada. El segundo apartado recoge las principales tendencias de los procesos de memoria en la región y el tercero se centra en la participación de los jóvenes en los procesos de memoria y como parte de un ejercicio más localizado, profundiza en las memorias construidas por los y las jóvenes incluyendo una perspectiva intergeneracional. Al cierre, presentamos algunas conclusiones y reflexiones que advierten nuestros aprendizajes y nuevas preguntas en relación con un tema que apenas se está explorando.

I. Memorias de la guerra en perspectiva intergeneracional. Contexto regional y temático

Colombia vive desde mediados del siglo pasado una prolongada guerra cuyos niveles de degradación dan cuenta de afectaciones profundas a la sociedad civil. El Informe ¡Basta Ya! Colombia Memorias de Guerra y Dignidad presentado en 2013 por el Grupo de Memoria Histórica constituye el referente más importante del que se dispone en el país para dar cuenta de más de 50 años de conflicto armado. Señala que entre 1958 y 2012 han muerto 220 mil personas siendo 81,5% civiles y la cifra desplazados entre 1985 y 1995 se acercaría a 5.700.000 personas, lo que representa el 15% de la población del país. La desaparición forzada, la violencia sexual, el secuestro, las minas antipersonales en el territorio y el reclutamiento de niños y jóvenes también hacen parte del repertorio de guerra. Colombia es el país con más cantidad de desplazados internos y el segundo con mayor número de víctimas de minas antipersonal (GMH, 2013).

Las características y dinámicas de la guerra en Colombia se expresan de manera diferencial en sus regiones definiendo improntas en las configuraciones territoriales, aparece constante un sesgo rural que sin embargo no excluye su peso en la ciudad (Osorio, 2013). El departamento de Antioquia ha sido uno de los más afectados por el conflicto armado. La intensidad del desplazamiento forzado lo ubica en una posición superior al resto del país, entre 1999 y 2012 fueron desplazadas un total de 596.644 personas, lo que equivale al 9.7% de su población (CODHES, 2013).

El Oriente Antioqueño por su parte, es una región compuesta por 23 municipios¹ y con una población de 560.000 habitantes es la tercera más poblada del departamento (Anuario Estadístico de Antioquia, 2012). Si bien las dinámicas del conflicto armado son heterogéneas en su interior, se ha reconocido como un territorio estratégico para la guerra a nivel nacional (García, 2007). Allí se

¹ Se encuentran agrupados en cuatro subregiones. Rionegro, La Ceja, El Carmen de Viboral, Marinilla, Guarne, El Santuario, San Vicente y La Unión en la subregión Altiplano. Alejandría, Concepción, Granada, Guatapé, El Peñol, San Carlos y San Rafael en la subregión Embalses. Sonsón, Argelia, Nariño y Abejorral hacen parte de la subregión Páramo y por último, Cocorná, San Francisco y San Luis integran la zona Bosques.

ubican cuatro de los municipios más expulsores de población en Colombia y dos de los municipios con más minas antipersonales (Acción Social, 2010).

La vigencia del conflicto armado y las intensidades variables en el territorio proponen un escenario singular para la producción de memorias en Colombia. No se trata solamente de las construidas a partir de procesos de violencia política cerrados y que puedan considerarse parte de un pasado resuelto como ocurrió en los países del cono sur. Las memorias se producen en medio de la guerra y sus múltiples expresiones, de tal manera que suponen una acción política que reivindica las voces de las víctimas encarando el terror que instauran los actores armados.

Una parte importante del trabajo de memoria en el país se debe al papel del Centro Nacional de Memoria Histórica que en la última década ha logrado avances significativos en términos de la documentación y visibilización de las expresiones locales y regionales de la guerra. De manera simultánea a este tipo de iniciativas, derivadas en gran medida de las dinámicas institucionales; se encuentran otras impulsadas por organizaciones sociales y comunidades en busca de la verdad y la justicia. De allí nuestro interés por ubicarnos en una región concreta, como el Oriente Antioqueño para reconocer los tejidos locales de la memoria en experiencias de esta naturaleza y profundizar en la participación de los y las jóvenes que habitan los territorios rurales, precisamente aquellos más afectados por la guerra.

Esta se reconoce como una región donde las organizaciones de víctimas, lideradas principalmente por mujeres se han convertido en testigos y guardianas de las memorias de la guerra (CNRR, 2009). Con un trabajo que ya completa cerca de diez años, sus iniciativas han buscado el reconocimiento colectivo de un “no más, ni una (víctima) más, nunca más: Otro Oriente es posible”. La construcción de memorias ha permitido la puesta en común del dolor, la legitimación de las experiencias de las víctimas en la reconstrucción de la historia y el reconocimiento de lo que ocurrió descomponiendo los discursos que justifican la violencia y culpan a la víctima de su situación a través de “si le pasó, por algo será” (Villa, 2009).

Los procesos de memoria buscan un lugar en la agenda social y política de la región y aparecen como un campo de encuentros y disputas. Los testimonios de víctimas y victimarios coexisten y las voces impulsadas desde estas iniciativas se abren campo en medio de verdades hegemónicas defendidas con el poder de las armas. De igual manera, las distintas generaciones construyen narrativas diversas en función de las experiencias y sentidos otorgados a lo vivido.

Indagar por el lugar de los más jóvenes en estos procesos, por sus memorias y relatos implica apartarse de la mirada que asocia la memoria a quienes fueron testigos directos de los hechos y ubica a otros, entre ellos los más jóvenes, en la esfera de la recepción y conservación de los legados. Los jóvenes que habitan hoy los territorios rurales construyen sus propios marcos de comprensión acerca de lo ocurrido y consideramos que entender estos procesos en el escenario más amplio donde se desarrollan ofrece muchas posibilidades en términos de los siguientes aspectos:

- Las memorias poseen un potencial significativo para mostrar vínculos y disputas generacionales
- Constituyen un campo que posibilita abordar la preocupación por las continuidades históricas que ha tejido la guerra en Colombia y que en muchos casos se relacionan con acumulados derivados de frustraciones generacionales y promesas no cumplidas.

- Las memorias se producen en sujeto que apropia la historia de una manera singular y única. No obstante ubicarlas en perspectiva territorial crea otras posibilidades de frente a su aporte a la región y al país.

¿Cómo participan los y las jóvenes rurales en la construcción de memorias de la guerra en la región del Oriente Antioqueño, Colombia? es la pregunta central del trabajo. En función de comprender este proceso desde una perspectiva territorial definimos ¿cuáles y cómo se caracterizan los procesos de construcción de memorias de la guerra en la región del Oriente Antioqueño, Colombia?, ¿cuál es su alcance como conjunto dentro del territorio local y el contexto sociopolítico regional? y con el propósito de profundizar en las memorias de los jóvenes nos preguntamos ¿Cuáles son los acontecimientos que marcan los repertorios de las memorias de la guerra que construyen? y ¿cuál es el lugar de la guerra dentro de sus memorias?

El interés por explorar las memorias y relatos de los jóvenes acerca de la guerra y de hacerlo en dos escalas, una centrada en la esfera individual y familiar en la que profundizamos en los acontecimientos que marcan sus memorias y su expresión en las relaciones entre generaciones en el ámbito familiar y otra, en dónde ubicamos la participación de los jóvenes en los procesos de memoria que se desarrollan en un escenario histórico concreto como es la región del Oriente Antioqueño invitan una comprensión amplia de la memoria en donde confluyen tanto sus elementos subjetivos como la trama de relaciones con el contexto sociopolítico donde se inscriben.

En las memorias de los y las jóvenes confluyen las propias experiencias que se recuerdan, aquellas que provienen de legados y relatos acerca de lo que ocurrió en sus territorios y las que se derivan de la condición de ser jóvenes en un lugar que guarda marcas de la guerra. Este escenario propone tres elementos centrales en la comprensión que compartimos acerca de la memoria. Primero, es un proceso que tiene un sujeto que recuerda e incorpora la subjetividad lo que permite reconocer los deseos, ilusiones y sentimientos allí presentes (Jelin, 2002), (Jelin y Kaufman, 2006). Segundo, tiene un carácter intersubjetivo y relacional que se da en el marco de la relación con otros (Lechner y Güell, 2006) que incluyen la familia pero también los pares y la comunidad; de ahí el carácter colectivo de las memorias y su potencial para dar cuenta de procesos sociales más amplios. Tercero, la memoria en general y la de la guerra en particular, se inscribe en un territorio, reconfigurando su paisaje, sus prácticas, representaciones y también los intercambios sociales que allí se construyen cotidianamente (Osorio, 2009). Por supuesto, la experiencia de los jóvenes en un contexto de guerra, adquiere particularidades en términos de las toponimias o memorias de lugar, así como sus vínculos de identidad territorial.

Las relaciones entre memoria y generación constituyen la discusión conceptual de mayor relevancia para este trabajo. Este es un debate poco desarrollado en el campo de los estudios sobre la memoria. El acervo conceptual construido desde el cono sur y que constituye un referente de gran importancia en América Latina está centrado principalmente en el espacio nacional, tomando el Estado Nación como nivel de análisis². Una recopilación de trabajos que abordan la memoria con el lente generacional (Jelin y Sempol, 2006) advierten cómo los sentidos que se otorgan a los

² La dimensión local, que resulta explicativa para el caso Colombiano, se incorporaría más adelante a partir de los estudios realizados en el Perú. Los sentidos localizados de la guerra y los anclajes territoriales de la memoria se incluyen para comprender las relaciones desde esfera y otra más amplia como la nacional (Del Pino y Jelin, 2003).

acontecimientos cambian de acuerdo con la edad cronológica de quienes los vivieron. Muestran que los momentos similares de la experiencia personal constituyen anclajes en la definición de las generaciones y analizan cómo la participación de nuevos grupos sociales genera otras preguntas y sentidos sobre el pasado y da lugar a negociaciones distintas entre recuerdos y olvidos.

Memoria y generación son nociones fluidas y dinámicas que se construyen en medio de disputas y complementariedades, en el campo de las relaciones intersubjetivas, con otros. Están atravesadas por relaciones de poder que otorgan determinados lugares a los grupos sociales y a las narrativas que construyen. Son construcciones sociales que tienen lugar en espacios y tiempos específicos y entrañan luchas sociales por el reconocimiento.

Las generaciones se distinguen por la adscripción subjetiva de los actores, por un sentimiento de “contemporaneidad” expresada por “recuerdos en común” (Augé, 1987, p.33) Citado por (Feixa, 1998, p. 89). La generación tiene un carácter colectivo y se construye a partir de un sentimiento de pertenencia entre quienes comparten ciertos acervos sociales. Más allá de los criterios cronológicos, implica un proceso de construcción de identidad que permite agrupar y diferenciar unos colectivos de otros en torno a acontecimientos que marcaron sus trayectorias en un período de tiempo.

La conciencia que manifiestan los actores de pertenecer a una misma generación se refleja en “acontecimientos generacionales” (una guerra, un movimiento de protesta), lugares comunes, etiquetas y autocalificaciones. Aunque no se trata de agrupaciones homogéneas, ni afectan de la misma manera a todos los individuos coetáneos, tienden a convertirse en modelos retóricos perceptibles en las historias de vida” (Feixa, 1998, p. 89)

Estas memorias en común, experiencias compartidas y acontecimientos vividos generan marcas entre unas y otras generaciones que posibilitan diferenciar la generación que vivió antes de la que vendrá después. Las relaciones entre generaciones son un campo en donde están presentes las disputas por la memoria. Las herencias, legados y recuerdos conviven con los huecos, los silencios y los secretos. Los deseos de preservar, no repetir o transformar de una generación se combinan con las apropiaciones, nuevos olvidos y sentidos del pasado de otras generaciones.

Compartimos con Jelin (2002) que la construcción de un nosotros intergeneracional que puede tener lugar en la familia, la comunidad o en ámbitos de relación más amplios resulta tan necesario como el reconocimiento de que la memoria es reinterpretada en función de las experiencias y horizontes de posibilidad de las otras generaciones.

Para poder transmitir los sentidos del pasado hay al menos dos requisitos: el primero, que existan las bases para un proceso de identificación, para una ampliación intergeneracional del “nosotros”. El segundo, dejar abierta la posibilidad de que quienes “reciben” le den su propio sentido, reinterpreten, resignifiquen –y que no repitan o memoricen- (Jelin, 2002, p. 126)

Sin embargo optamos nombrar este como un proceso de construcción intergeneracional de la memoria antes que denominarla “transmisión”. Quienes vivieron determinados acontecimientos construyen con aquellos que no los vivieron o vivieron parte de ellos los hechos y sentidos de lo vivido. Este proceso cobra valor en tanto se participa de un vínculo que permite a unos y otros

compartir esas vivencias del pasado que se pretenden comunicar y re-interpretar. Lejos de corresponder a un proceso mecánico, implica luchas de sentido y conlleva nuevos arreglos no solo de los sentidos del pasado y las narraciones que los recogen sino también de las relaciones de poder entre las generaciones y sujetos que participan.

En coherencia con el reconocimiento de los jóvenes como sujetos creadores de memoria y de su capacidad para interpelar los sentidos del pasado a otras generaciones, la propuesta metodológica otorga un lugar central a sus voces. La investigación se desarrolló en tres fases que generaron escenarios de trabajo con dinámicas y alcances diferentes y se fueron sobreponiendo en el tiempo.

La fase I consistió en la identificación y caracterización de las iniciativas de construcción de memorias en el Oriente Antioqueño. Realizamos un recorrido por los 23 municipios que componen la región y a través de entrevistas semiestructuradas logramos el contacto con actores sociales clave en estos procesos³.

En la fase II construimos un escenario de acompañamiento con dos grupos de jóvenes en los municipios de La Unión y Sonsón⁴. Acudimos al interés de los y las jóvenes y consolidamos un proceso de acompañamiento que reunió alrededor de 60 participantes con edades entre 10 y 25 años. Realizamos talleres, utilizamos técnicas participativas y de cartografía social y a través de un proceso de formación en radio y fotografía exploramos otros lenguajes en la elaboración de historias y relatos. Este escenario posibilitó crear vínculos con sus padres y madres y acercarnos a las memorias familiares de la guerra⁵.

La fase III fue planteada como el conjunto de actividades de la investigación relacionadas con las dinámicas de orden regional. Incluyó la realización de entrevistas a actores regionales y la socialización de las experiencias y aprendizajes de los jóvenes en sus propias comunidades y en su escuela, con miras a visibilizar las voces y relatos de los participantes.

II. La memoria en la región del Oriente Antioqueño: Una lectura de sus principales tendencias

Las iniciativas de memoria en cada uno de los 23 municipios del Oriente Antioqueño presentan realidades y dinámicas diferenciales que configuran un escenario heterogéneo y copioso. Abordamos aquí el origen de estos procesos y recogemos las principales tendencias encontradas en términos de (a) actores; (b) prácticas; (c) alcances en la región.

³ Logramos en todos los municipios el contacto con por lo menos un actor clave en los procesos de memoria y realizamos un total de 28 entrevistas.

⁴ Elegimos realizar el trabajo en municipios donde no estuviera en desarrollo otra iniciativa de trabajo de memoria con jóvenes con el propósito de contribuir desde la investigación a la creación de estos procesos. La convergencia de criterios, voluntades y posibilidades resultó central en esta decisión.

⁵ Consideramos que el proceso construido con los jóvenes es uno de los principales resultados de este proyecto. El diálogo entre pares permitió que los participantes, con una escasa experiencia en procesos colectivos y una marcada influencia de los esquemas de autoridad en el ámbito familiar, escolar y laboral pusieran en común de asuntos que por hallarse anclados en la cotidianidad carecen de lecturas críticas. La creación de un espacio horizontal que marcara distancias con estos esquemas posibilitó diálogos y expresiones auténticas que mostraron las percepciones de los jóvenes, los que consideramos apropiados en apuestas orientadas a la construcción de la memoria.

Génesis: Un origen común con trayectorias diversas

La etapa inaugural de los procesos de memoria en la región se ubica entre los años 2004 y 2007. El impulso inicial se relaciona con la construcción de escenarios de acompañamiento y trabajo con víctimas del conflicto armado en donde participaron el Programa por la Paz del Centro de Investigación y Educación Popular -CINEP- orientado por la Compañía de Jesús; la ONG Conciudadanía, que con su lema “que los derechos sean hechos” desarrolla acciones en el departamento de Antioquia y la Asociación de Mujeres del Oriente Antioqueño -AMOR- que agrupa las organizaciones municipales de mujeres y trabaja por la defensa de sus derechos.

La alianza entre estas organizaciones posibilitó en el año 2004 la creación del escenario social donde surgen y se delinear las características e itinerarios posteriores de los procesos de memoria en la región. Los comités de reconciliación, las promotoras de vida y salud mental -PROVISAME- y la creación de las Asociaciones Municipales de Víctimas que a su vez dieron lugar a la Asociación Regional de Víctimas a Ciudadanas -APROVIACI- se consideran hitos centrales en este proceso.

Desde Conciudadanía se venía acompañando y conformando los Comités de Reconciliación. Se vio la necesidad de crear una organización regional, pero para constituir la regional tenían que haber unas de base. El comité de reconciliación recogía otra clase de organizaciones como mujeres, ONG, organizaciones de jóvenes y la organización de víctimas era más desde los casos de victimización. Entonces ese era el tránsito, que era más específico, a una organización de víctimas (mujer integrante asociación de víctimas del municipio de Marinilla)

Los comités municipales de reconciliación surgieron en medio de la confrontación entre actores armados y agrupaban actores sociales de diversos sectores. Constituyeron un escenario para que la sociedad local abordara la crisis generada por la violencia en sus territorios y nombrara esa realidad en medio del miedo producido por las armas, un lugar desde el cual “hacen sentir su clamor por la situación que el conflicto armado ha generado en esta población, situación de desasosiego y zozobra” (PNUD, 2006).

De forma casi paralela inicia el proyecto “Promotoras de Vida y Salud Mental, por la reconciliación y la reconstrucción del tejido social en el Oriente Antioqueño” -PROVISAME-. Fueron formadas 64 mujeres provenientes de todos los municipios con el propósito de que ellas ofrecieran apoyo psicosocial a otras mujeres también afectadas por la guerra. De acuerdo con una de sus impulsoras, “[...] estas PROVISAME, fueron las encargadas de sacar del momento crítico a esas personas, de sacarlas de la casa, porque estaban encerradas y no podían salir, entonces de meterlas como otra vez a la sociedad [...]” (mujer integrante asociación de víctimas del municipio de San Vicente).

Este proceso que resultó central en el surgimiento de los procesos de memoria influyó ampliamente en sus prácticas posteriores y ubicó las mujeres como actores centrales de la memoria en la región. Además, generó las condiciones para la creación de las organizaciones municipales y el movimiento de víctimas en la región.

[...] al finalizar los dos años, la tesis final era formar la asociación de víctimas. Empezamos brindando apoyo a 15 mujeres víctimas del conflicto en el municipio, éramos tres PROVISAME en ese tiempo, se empezó dando apoyo emocional a 15 mujeres. De esas 15 mujeres, eran tres grupos, ya éramos 45 mujeres. Ahí nace la

asociación de víctimas, en conocer que estas mujeres que nos estaban formando éramos también víctimas, pero podíamos ser el puente para escuchar a otras mujeres que fueron también víctimas, habíamos vivido la problemática y en ese momento la habíamos superado, nos poníamos como fuente de apoyo para otras mujeres (mujer integrante asociación de víctimas del municipio de Argelia).

Entre los años 2006 y 2007 surgen las asociaciones de víctimas en la gran mayoría de los municipios, proceso que ante los niveles de afectación en la región se fue consolidando de manera progresiva “En el 2007 obtiene su papelería, se legaliza. Tenía 120 socios, iniciamos con 60 más o menos y se fue multiplicando hasta hoy tener 280 personas” (mujer integrante asociación de víctimas municipio de Nariño). Estas organizaciones permitieron la creación de una organización de carácter regional, la Asociación Provincial de Víctimas a Ciudadanas y Ciudadanos - APROVIACI- con el lema “para que nuestras voces se escuchen y el dolor sea propuesta”.

Las organizaciones de víctimas en el nivel municipal y regional configuran la plataforma desde la cual se han articulado las luchas por la memoria, defendido los derechos de las víctimas y sostenido la interlocución con el Estado y otras instancias. Aunque en cada municipio el proceso organizativo muestra grados diferentes de formalización y fortalecimiento, estas acciones colectivas son expresión de sus contextos y muestran el carácter potencial de la violencia. Al respecto González plantea que “En presencia de violencia no sólo se inhiben ciertos tipos de acción colectiva, sino que se potencian otros, y que las regularidades y tendencias de la misma, su impacto relativo o su rápida desactivación, son aspectos definitivamente condicionados por la naturaleza y expresión de tal tipo de violencia” (2006:10).

a. Las mujeres, protagonistas en el surgimiento y continuidad de los procesos de memoria

Las mujeres han tenido un papel trascendental en estos procesos que ya completan alrededor de una década en el Oriente Antioqueño. La participación de la Asociación Regional del Mujeres del Oriente Antioqueño -AMOR- en la alianza tripartita que impulsó el trabajo con víctimas en la región marca los procesos de memoria en la región. El proceso de formación de las promotoras de vida y salud mental que luego permitió la creación de las Asociaciones Municipales de Víctimas estuvo orientado en principio de manera exclusiva a mujeres⁶, lo que de entrada promovió su activa participación. En el nivel municipal, se crearon alianzas de origen entre las organizaciones de mujeres y las asociaciones de víctimas, cuyas integrantes tienen doble filiación. Característica que también tiene su expresión a nivel regional “[...] todo este trabajo [el de creación de organizaciones municipales de víctimas] se hizo con un encuentro en Nariño en un día de No a la violencia contra las mujeres, en conmemoración de ese día y allí dijimos pues se inicia el movimiento de víctimas en el Oriente Antioqueño. De ahí nació la asociación de víctimas APROVIACI [...]” (mujer integrante asociación de víctimas municipio de San Vicente).

Se evidencian importantes marcas de género en este proceso. Las afectaciones del conflicto armado sobre hombres y mujeres son diferenciales, registrándose un mayor número de muertes de los primeros. Si bien esto explicaría en principio la presencia mayoritaria de las mujeres en las organizaciones de víctimas, el trámite del dolor y las pérdidas hecho por ellas ha logrado importantes expresiones en términos de liderazgos y participación en la esfera pública.

⁶ En etapas posteriores de este mismo proceso de formación también se incluyeron a hombres que se capacitaron como Promotores de Vida y Salud Mental.

La composición de las organizaciones de víctimas está definida por la presencia de mujeres y principalmente de mujeres adultas. La lectura de un integrante de la asociación de víctimas del municipio de El Santuario refleja la tendencia que identificamos en la región.

85/15 [en términos porcentuales] femenino, masculino, pocos hombres. En términos generacionales, la participación de personas de más de 45 años, las personas menores de 45 años incluyéndome ahí, superamos en nuestra organización el 20% de las personas. O sea, de 100 personas 20 son menores de 35 años [...]

Se identifican diferencias en la forma cómo hombres y mujeres asumen el dolor y se han ubicado frente a estrategias colectivas para resistir y reivindicar sus derechos “[...] Sino que las mujeres estamos en el liderazgo de ir más a reuniones, él hombre cree que él lo asume más rápidamente sabiendo que es su ego el que cuida ahí” advierte una integrante de la asociación de víctimas del municipio de Argelia.

Las asociaciones municipales de víctimas, compuestas principalmente por mujeres, han tenido un papel protagónico en los procesos de memoria y son quienes los sostienen con más, o menos altibajos en cada municipio. No obstante, vislumbramos el aporte de la Iglesia, las ONG, los organismos de cooperación internacional y la academia cuyas contribuciones al escenario de memoria en la región se deben a acciones concretas y delimitadas en el tiempo. En relación con los gobiernos locales, su papel ha sido en general discreto y coyuntural. Salvo algunos casos, en la mayoría de los municipios de la región, las organizaciones de víctimas avanzan en el proceso de construcción de memorias de forma bastante solitaria y reclaman sobretodo la voluntad política del Estado y el reconocimiento del resto de la sociedad.

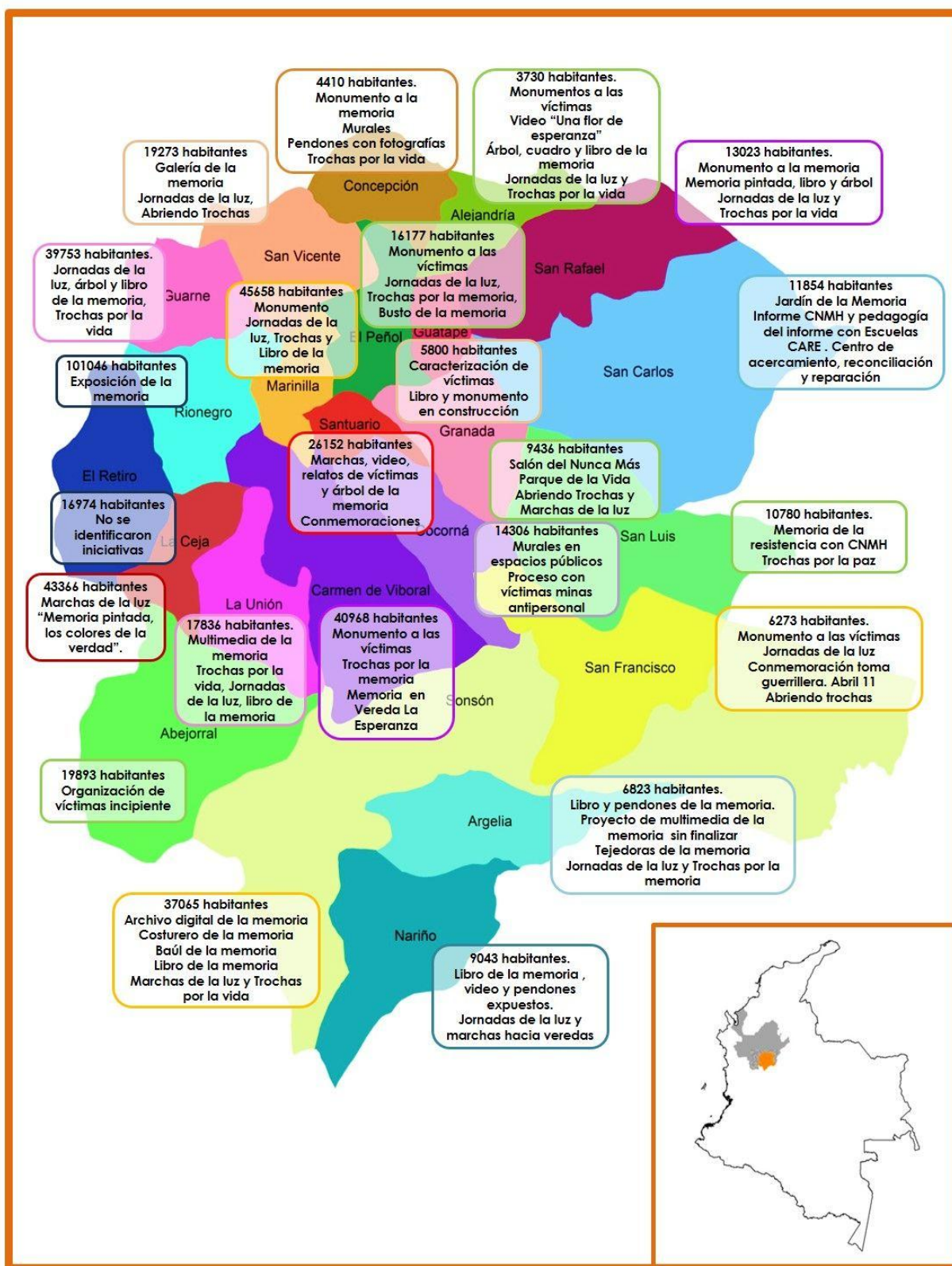
b. Prácticas diversas y ritmos distintos en los procesos de memoria en la región

El escenario de las prácticas de la memoria en el Oriente Antioqueño es diverso y heterogéneo. La diversidad regional está compuesta a su vez por la pluralidad que se presenta en el interior de cada municipio. Aunque algunas prácticas están presentes en la mayoría de los municipios, adquieren en cada uno matices distintos. Las combinaciones entre ellas son diferenciales, tienen ritmos desiguales y por ello coexisten el silencio y la marginalidad de la memoria en algunos lugares con importantes niveles de consolidación en otros.

Encontramos localidades donde confluyen las mismas prácticas, pero algunas tienen mayor legitimidad. No son inmutables en el tiempo y se presentan períodos de mayor o menor expresión. Cuentan con niveles distintos de institucionalización debido a las alianzas que se han construido. Sus lenguajes son múltiples e incluyen la pintura, el tejido, la fotografía, la literatura y los contenidos digitales.

Construimos un mapa de la región del Oriente Antioqueño donde presentamos las prácticas de la memoria identificadas en cada municipio (Mapa 1). Profundizar en cada una de ellas o detenerse en cada localidad supera los alcances de este trabajo, no obstante avanzamos en un inventario que advierte sus principales expresiones en la región.

Mapa 1 Inventario de iniciativas en la región del Oriente Antioqueño



Fuente: Elaboración propia. Base cartográfica IGAC. Datos población Anuario Estadístico de Antioquia (2012)

En medio de un escenario dinámico y diverso, agrupamos las prácticas de la memoria de la región en tres conjuntos: Materiales, actos y movilizaciones y espacios de conmemoración.

Los materiales poseen y combinan múltiples lenguajes. La pintura, la escritura, la literatura, los contenidos digitales, la fotografía y el tejido han sido utilizados en la construcción de memoria. Sobresalen en este ámbito los árboles y galerías de la memoria, los libros y pendones que recogen fotografías y relatos de los acontecimientos ocurridos y que se encuentran en gran parte de los municipios como una práctica impulsada por las promotoras de vida y salud mental en el período inicial del proceso. En el caso de los municipios de La Unión y Argelia optaron más adelante por recoger sus memorias de la guerra en una herramienta multimedia. En Sonsón y más recientemente en Argelia, las mujeres reunidas en un costurero acuden al tejido para contar sus historias.

Los actos y movilizaciones se impulsaron con el propósito de visibilizar en los espacios públicos el trabajo de memoria realizado en las organizaciones. Las jornadas de la luz y las trochas por la memoria son prácticas ampliamente extendidas en la región. Las primeras se articulan a celebraciones religiosas y se realizan por lo general en la plaza central de cada localidad. Las trochas son marchas que parten de la zona urbana hacia alguna vereda o paraje rural, en el camino se instalan marcas en los lugares donde sucedieron los hechos violentos y se termina con un acto central que reúne a la comunidad. Ambas han tenido períodos de mayor o menor expresión en los municipios y se combinan con movilizaciones o conmemoraciones de fechas que resultan significativas o son promovidas desde el ámbito institucional en cada población. No obstante, lo que resulta más importante señalar es que estas acciones permiten visibilizar públicamente el dolor y alcances de lo sucedido y trasladar la construcción de memoria hecha en la intimidad de las personas y las familias, a la sociedad local de la que hacen parte.

Por último, los lugares o espacios de conmemoración constituyen dispositivos de memoria localizados en un sitio específico. Monumentos, murales, museos y espacios de resignificación integran este escenario.

Los monumentos aparecen como una práctica significativa en la región y constituyen lugares de recordación para las víctimas. Sus nombres, hechos y fechas de victimización se incluyen en placas que reunidas advierten las dimensiones de la confrontación armada en el municipio. Mientras que en los municipios de San Carlos, Granada, San Rafael, San Francisco, Marinilla, El Carmen de Viboral y El Peñol el monumento se valora como uno de los principales logros en la construcción de la memoria, en los demás aparece como una acción central en la agenda pendiente de las organizaciones.

En algunos municipios el monumento está ubicado en un lugar central como muestra de la vigencia y huellas de la guerra en la comunidad local, en otros, se ubican en el sitio donde ocurrieron acontecimientos violentos que marcaron la historia de la población. Algunos monumentos tienen mayores avances en términos de la diferenciación de los hechos de victimización y logran recoger la amplitud y superposición de hechos que dan cuenta de la magnitud de la guerra.

En los municipios de Concepción y Cocorná se han adelantado trabajos de memoria que se recogen en murales. En el primero están localizados en algunas veredas y en el cementerio. En el segundo, dispuestos en el colegio y realizados con la participación de niños y jóvenes como una apuesta por el reconocimiento de las realidades locales y el significado de la memoria en el presente y el futuro.

En este conjunto también incluimos aquellos lugares que fueron escenario de actos de guerra y son recuperados y resignificados reconociendo lo que ocurrió, pero a la vez desplegando otras posibilidades de futuro. Es el caso del Centro de Atención y Reconciliación de San Carlos que fuera la sede de un comando paramilitar que operó en el municipio y el edificio que ahora es sede donde ahora funciona la Universidad de Antioquia en el municipio de Sonsón, espacio donde ocurrió una masacre.

Además, encontramos expresiones museísticas que apuestan a recoger las memorias de la guerra y ponerlas a disposición de otros. En el municipio de Granada, el Salón del Nunca Más es una iniciativa con un importante nivel de consolidación y reconocimiento en el ámbito de las experiencias comunitarias de memoria en Colombia.

El acercamiento realizado a las iniciativas de memoria en la región del Oriente Antioqueño muestra que además de la diversidad de prácticas, los ritmos no son iguales entre los municipios. Sonsón, La Unión, Argelia, Marinilla, El Carmen de Viboral, El Santuario, Granada, San Francisco, Alejandría y San Vicente son municipios donde los procesos se encuentran más activos. San Carlos y Granada ocupan un lugar diferencial y sus iniciativas muestran niveles mayores de fortalecimiento dentro del conjunto regional. En contraste Nariño, Rionegro, La Ceja, Guarne, Cocorná, San Rafael, San Luis, El Peñol y Concepción atraviesan un período de pausa que en cada caso obedece a condiciones organizativas particulares. En Abejorral y El Retiro los procesos de memoria aún no aparecen en la agenda. Entretanto, en Guatapé, se encuentran en una etapa inicial marcada por el compromiso de la asociación de víctimas y el Estado local.

c. Alcances limitados de los procesos de memoria en medio de la continuidad de la guerra

[...] pero acá en lo regional efectivamente es el espacio donde yo diría que hay que tratar de buscar ese proceso de unificar esas visiones, la visión macro, una visión digamos amplia e histórica del conflicto armado, que no termina de servir del todo para explicar el fenómeno en lo regional, pero que tampoco se puede contar a partir solo de los fragmentos que repongamos a nivel local, es decir, hay que hacer un ejercicio de lo local, pero en lo regional hay que empezar a encontrar y hacer también como una historia común. [...] todavía pienso que no es el momento, [...] las organizaciones locales, nos falta avanzar en algunos pasos [...] para dar ese siguiente gran paso (hombre integrante asociación de víctimas municipio de El Santuario)

Si bien la construcción de memoria en el Oriente Antioqueño muestra avances muy significativos, su alcance como conjunto dentro del territorio podría ser mayor. La memoria continúa siendo una lucha liderada principalmente por las víctimas y poco reconocida dentro de la sociedad en su conjunto. En esta situación confluye tanto el contexto de guerra en medio del que se construye la memoria como las características mismas de estos procesos en la región.

Los ritmos que marcan los discursos institucionales divergen de las dinámicas impuestas por la confrontación armada en las regiones. Los procesos de memoria en el Oriente Antioqueño iniciaron y se continúan realizando en medio de un contexto de guerra que no termina y esta situación imprime características particulares a las iniciativas que se emprenden. El miedo y la incertidumbre constantes generan altibajos en estas iniciativas y limitan sus alcances en la región.

A uno le da mucho miedo escuchar que han matado muchos líderes, uno sabe que todavía hay presencia, entonces a uno le da mucho miedo ponerse a hacer bulla. Por ejemplo aquí hay muchas personas que les han quitado la tierra, pero la gente no habla mucho de eso, porque les da miedo, por ejemplo a mí me gustaría pero me da miedo como empujar y convocar la gente. Es mejor pasar desapercibido y tener su grupito ahí. Yo cuando estoy ahí, a mí me da miedo, uno tener que decir que yo soy la presidenta de víctimas y hay reinsertados supuestamente también ahí en la justicia transicional, uno que va a saber quién es (mujer integrante asociación de víctimas municipio de San Luis)

Como ya lo señalamos, las asociaciones de víctimas ocupan un lugar central en los procesos de memoria. Éstas son organizaciones de carácter municipal y sus acciones circunscriben a los límites de este territorio. En un encuentro regional realizado en 2013 una de las mujeres participantes advertía “Llegó por ejemplo Cocorná y no conoce qué hay de memoria en San Carlos también o en otros lugares; siendo tan vecinos”. No se evidencian propuestas de memoria entre dos o más organizaciones. Hace falta articulación entre estos y otros actores dentro del mismo municipio y las iniciativas de memoria que se realizan desde otros sectores tampoco logran sinergias. El carácter local de las iniciativas unido a la desarticulación que existe entre los actores de la memoria impide que adquieran una mayor fuerza como conjunto y logren posicionarse en el contexto regional.

[...] la visibilidad de esos ejercicios son pocos y no están logrando trascender, no logran trascender no están pasando por la Escuela, por el colegio, no logran pasar tampoco por llevar esos ejercicios y ponerlos a conversar con el pueblo, con otras organizaciones, con la institucionalidad, se hace, pero me parece que la organización se queda con ellas y en ese sentido el impacto que pueden tener es más reducido [...] ha habido ejercicios de memoria de institucionalidad pública que poco conversan con los ejercicios de memoria de las organizaciones de sociedad civil o también ha habido ejercicios de memoria de la academia que poco o nada conversan con estos de base o ha habido ejercicios de memoria desde medios de comunicación que tampoco conversan con estos. Falta una estrategia que articule las iniciativas de base comunitaria con estas otras iniciativas y que las ponga a conversar” (Entrevista profesional que acompaña procesos de víctimas en el Oriente Antioqueño)

Las barreras al alcance de estas iniciativas se refuerzan con el poco reconocimiento y el discreto papel del Estado local frente a estos procesos. Si bien la situación no es muy distinta en otros niveles, es importante señalar que en el ámbito local el Estado se convierte a veces en el único interlocutor de estas organizaciones. Aunque en los últimos años Colombia ha tenido desarrollos importantes que como La Ley de Víctimas y Restitución de Tierras dicta medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno, en los espacios locales la implementación de tales disposiciones aún es muy débil.

La memoria no hace parte de sus prioridades e incluso se opta por desconocer los horrores de la guerra “Marinilla era ajena a todo lo que tenía que ver con víctimas, se decía que aquí no había víctimas del conflicto, ya se visibiliza que Marinilla es el segundo municipio receptor [de población desplazada] después de Rionegro” (mujer integrante de la asociación de víctimas del municipio de Marinilla). Los procesos de memoria resultan incómodos para los actores de la guerra y los proyectos de desarrollo que imponen la visión de una región próspera y competitiva. De allí la importancia de las organizaciones que trabajan en el horizonte de la memoria logren el respaldo de

los actores locales y regionales, el cual será más factible una vez se construyan las articulaciones necesarias para actuar con más fuerza como conjunto dentro del contexto sociopolítico de la región.

III. Jóvenes rurales y memorias de la guerra: Algunas trayectorias en el Oriente Antioqueño

Esta sección se compone de dos partes que si bien tienen alcances distintos pretenden recoger la reflexión en torno al lugar de los jóvenes en la construcción de memoria en el Oriente Antioqueño. En la primera, exploramos su participación en los procesos regionales abordados en el segmento anterior y en la segunda profundizamos en sus memorias a partir de un trabajo más localizado que realizamos con dos colectivos de jóvenes.

a. Brechas entre la participación de los jóvenes y los procesos de memoria en la región

La participación de los jóvenes en los procesos de memoria en la región del Oriente Antioqueño está marcada en principio por su escasa presencia dentro de las organizaciones que promueven estos procesos. El predominio que allí tienen las mujeres adultas comprometen las posibilidades de que los jóvenes hagan parte de sus iniciativas. “Desafortunadamente la organización la componen, son personas, la mayoría, de la tercera edad” es la expresión de una mujer integrante de la asociación de víctimas del municipio de Sonsón, para denotar como negativa la poca presencia de jóvenes en la organización.

La participación de los jóvenes se instala en medio de la pregunta por el relevo generacional y la continuidad de los procesos. En la mayoría de los municipios, el impulso y permanencia de las acciones se debe a la presencia de un núcleo básico de líderes que se integraron a las iniciativas desde sus primeras etapas.

[...] los que estamos más mayores ya vamos pasando y entonces las cosas se van quedando. Entonces dejemos los jóvenes vinculados al proceso de memoria y va a tener una continuidad, estos procesos no se van a acabar porque ellos los van a seguir trabajando y están todavía muy jóvenes, ellos le meten mucho entusiasmo a todo y van indagar, van a investigar y van a llegar pues como más al fondo de todas las cosas y que las cosas van a quedar de ellos, porque es que si nosotros nos vamos con todo guardado, que ya vamos estando más mayores no va a haber quién continúe con el trabajo que se está haciendo, ni quien vaya recordando todo eso que no se quiere olvidar (mujer PROVISAME municipio de San Rafael)

Aunque identificamos cierto consenso alrededor de este asunto, muy pocas organizaciones han implementado estrategias para lograr la participación de jóvenes o estas corresponden a coyunturas específicas que no tienen mayores impactos. La oferta institucional para las víctimas en Colombia ha promovido que sea la madre o el padre quien asuma esta vocería y el modelo ha sido apropiado por las organizaciones de víctimas. En este contexto, la promoción de la participación del núcleo familiar se identifica dentro de las organizaciones mismas como un horizonte de posibilidad.

Porque uno a veces se concentra en el hecho de víctima, entonces venga usted que se asoció a la organización, que es usted la víctima pero mentiras que ahí hay un complejo de relaciones, de todo el núcleo familiar. Vos podes resolver algunos asuntos con la madre cabeza de familia, pero ahí detrás también hay un montón de hijos que están reclamando un montón de cosas en términos de superación del duelo, de aceptación de

su condición de víctima, de aceptación inclusive de que por encima de la venganza hay un ideal que es el de la justicia, que eso ha sido muy complejo de abordar, pero que hay que empezar a hacer (hombre integrante asociación de víctimas municipio de El Santuario).

Si bien la mirada de la participación de los jóvenes que se reduce a la continuidad de los procesos puede resultar funcional a los intereses de las organizaciones, los trabajos de memoria ya realizados con niños o jóvenes en algunas organizaciones han dejado aprendizajes en términos de lo que representa su presencia en estos procesos. Los jóvenes enfrentan las secuelas de la guerra en sus familias y comunidades y por lo tanto, sus voces, demandas y expectativas son necesarias en la revisión del pasado y su potencial para la construcción de escenarios futuros.

[...] hay un ejercicio que se hace también en los colegios y ese sí que fue supremamente importante, porque nos permite ver el poco conocimiento que las nuevas generaciones tienen de lo que pasó y ahí es donde vienen los retos grandes y ahí vemos que los “pelaos” [los jóvenes] están muy ansiosos de saber; que no es que a ellos no les importe, ni les interese porque tienen muchos deseos de conocer, pero muy poca oportunidad de ver, de buscar, no, ellos no tienen dónde (mujer integrante asociación de víctimas municipio de La Unión)

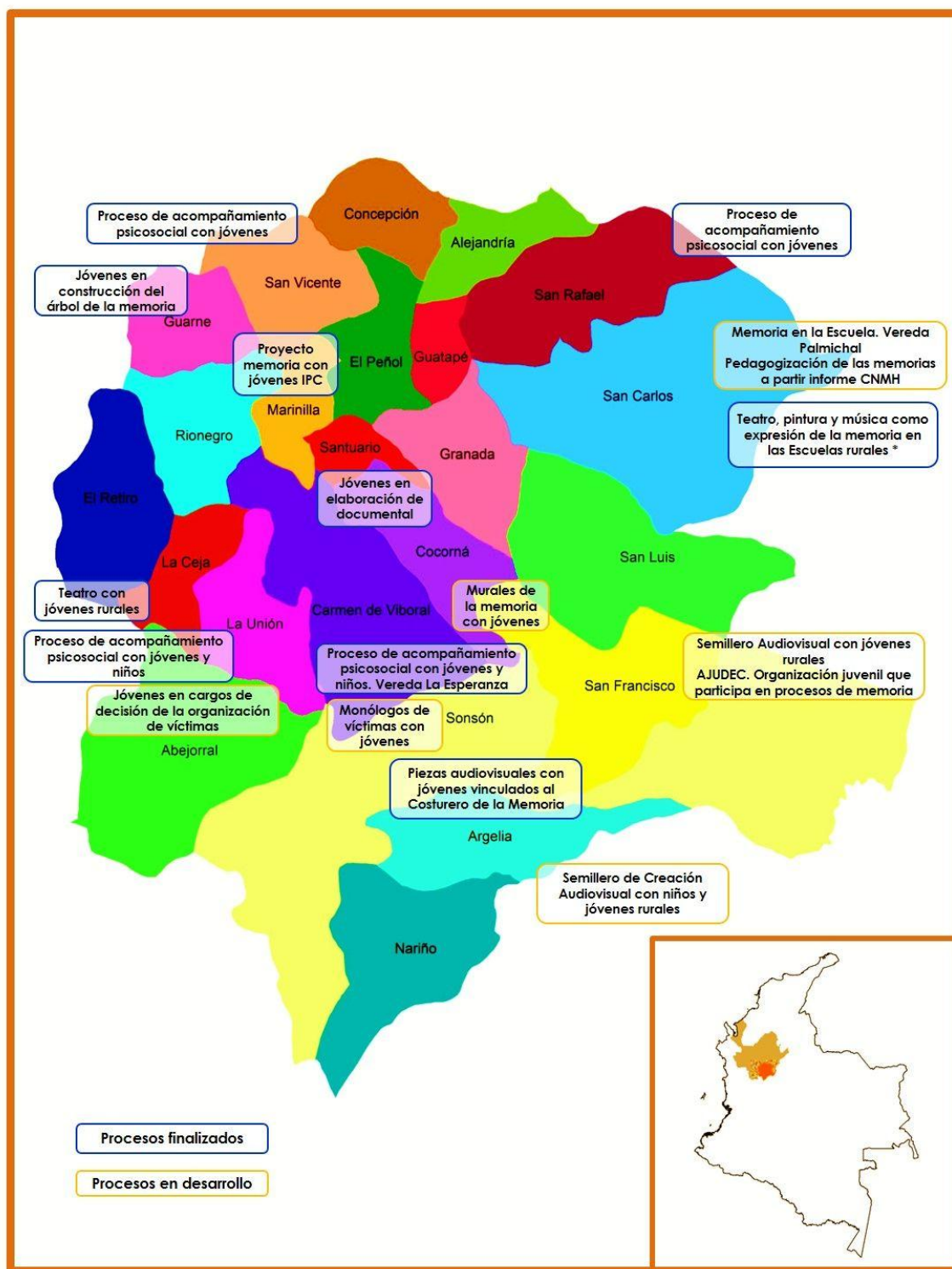
En el mapa 2 recogemos el inventario de procesos de memoria con jóvenes en la región. Encontramos experiencias que se desarrollan en algunos municipios actualmente y procesos finalizados que tuvieron alcances de tiempo definidos. Sobresale en los municipios de Argelia y San Francisco el trabajo de una ONG que desarrolla un proceso de memoria a través de propuestas audiovisuales. En San Carlos el de una docente rural con los y las jóvenes estudiantes y la pedagogización del Informe “San Carlos, memorias del éxodo de la guerra” producido por el Centro Nacional de Memoria Histórica. En municipios como La Ceja, Guarne, San Vicente, San Rafael, Sonsón, El Santuario y Cocorná se han adelantado procesos en otros momentos que si bien no han tenido continuidad, advierten aprendizajes y experiencias en este sentido.

Es importante tener en cuenta que las iniciativas desarrolladas con jóvenes han explorado metodologías cercanas a expresiones artísticas como el teatro, la pintura y los formatos audiovisuales y muestran algunos distanciamientos de las prácticas de memoria impulsadas desde las asociaciones de víctimas en la región. En una región donde las iniciativas de memoria son bastante significativas, la participación de jóvenes en las mismas es aún débil y marginal y las iniciativas que existen se encuentran aisladas del resto de los procesos de memoria a nivel local. Hay lugar allí para una disputa generacional que se relaciona con la desconexión entre los procesos de jóvenes y adultos y una reflexión pendiente sobre el lugar central que adquiere el componente metodológico en este campo.

Yo creo que tendría que ser mismos jóvenes que intervengan eso, porque es que ver un profesional pero ya avanzado en edad y que venga a hablarnos de memoria, yo también lo encuentro aburrido sinceramente y es un tema que es muy complicado; entonces creo que se llegaría mejor por medio de jóvenes abiertos y dinámicos (Joven participante en procesos de memoria municipio de San Francisco)

Mapa 2

Inventario de iniciativas de memoria con la participación de jóvenes en la región del Oriente Antioqueño



Fuente: Elaboración propia. Base cartográfica IGAC. Datos población Anuario Estadístico de Antioquia (2012)

b. Las memorias de los jóvenes: Vivencias y relatos en contextos de guerra

El acercamiento que abordamos en este aparte es fruto de un proceso de acompañamiento construido con dos colectivos de jóvenes en los municipios de Sonsón y La Unión. Participaron alrededor de 60 jóvenes, hombres y mujeres, cuyas edades oscilan entre los 10 y los 25 años. La principal apuesta fue poner en el centro sus voces, relatos y narraciones. El encuentro entre pares posibilitó nombrarlas y ponerlas en común. Entretanto, las historias familiares permitieron explorar la construcción de la memoria en las relaciones intergeneracionales en donde padres, madres, hijos e hijas comparten historias y vivencias en torno a las que crean sus propios significados.

Los participantes en este proceso nacieron entre 1991 y 2004 y se reconoce el período entre 1997 y 2003 como aquél donde la confrontación armada en la región del Oriente Antioqueño tuvo una mayor intensidad (García, 2004). Aunque hay diferencias de edad entre ellos, las vivencias de la guerra se cruzaron con las de su niñez, lo que significa que hasta ahora algunas se están tratando de comprender o relacionar con las lógicas de la confrontación armada que se vivió en el territorio. De acuerdo con Jelin, con más información disponible y con una distancia temporal es posible que en una experiencia se reinterpreten y construyan nuevos sentidos a lo vivido, “éstas búsquedas de sentido posteriores varían según las etapas del curso de la vida, del tiempo biográfico” (2014:144) y en consecuencia, aquellas que se vivieron en la infancia, adquieren hoy otras lecturas.

Uno chiquito no sufre tanto, porque no sabe bien qué es lo que está pasando. Porque uno le preguntaba a la mamá o a la abuelita y le decían: se fue para el cielo. Y uno mira para el cielo y dice: allá se debe sentir seguro. Ya uno más grandecito, yo digo que irse al cielo por una muerte natural, no le hace, pero por una muerte violenta si es un poquito trágico (mujer de 21 años, vereda San Juan, municipio de La Unión)

La prolongación de la guerra en Colombia favorece su naturalización, se nace y se crece en ella, por lo tanto se incrusta en la cotidianidad y se encuentra anclada en las historias familiares. Esta situación tuvo implicaciones para este trabajo, exigió un tiempo y proceso que permitiera construir relaciones y escenarios de confianza que hicieran posible ubicar las experiencias de la guerra en el centro del diálogo. Alrededor de la guerra se ha tejido un silencio familiar y según identificamos en diálogos con maestros, no recibe un trato distinto en la escuela.

[...] a ellos se les enseñó desde chiquitos, que la violencia no se debe comentar con alguien, porque son cosas que de pronto lo llevan a uno para chismes o problemas. Que lo que oyeran por ahí, no debe comentarle eso a nadie, sino que cada quien se entere por su propia cuenta, pero que no sea en base de chismes, porque no son buenas. Son cosas que a cada uno le pasó, que cada uno guarde o retenga lo que le pasó, pero no para comentarlo con los vecinos (mujer adulta, vereda San Juan, municipio de La Unión)

En las memorias de los jóvenes confluyen las propias experiencias que se recuerdan, aquellas que se construyen en la relación con otras generaciones y las derivadas de la experiencia de la juventud en territorios que guardan marcas de la guerra. Los silencios, los secretos, las historias fragmentadas que circulan en la familia y la comunidad se mezclan con los recuerdos y los olvidos de lo que se vivió en la niñez.

¿Qué recuerdan los jóvenes? Acontecimientos presentes en sus memorias de la guerra

El desplazamiento, el reclutamiento forzado, la muerte y las minas antipersonales marcan las memorias de los jóvenes. La vivencia directa de los hechos, las pérdidas familiares y las huellas que aún persisten en sus territorios se manifiestan en la forma cómo los jóvenes interpretan las expresiones de la guerra desde el presente. Como bien sabemos, las memorias se relacionan con las experiencias vividas, y las de los jóvenes que hicieron parte de este proceso son tan diversas como las manifestaciones de la guerra en los espacios rurales. No obstante, recogemos aquí las que encontramos más significativas en sus relatos y espacios de diálogo que compartimos.

Memorias del desplazamiento

[...] yo me acuerdo que en mi casa teníamos las vaquitas y varios cultivos y arrancaron con todo, nos dejaron sin nada, tras de que mataron los familiares, se llevaron todo lo que teníamos. Yo me acuerdo que en ese tiempo, eran mazorcas de maíz por todo el arado y el corredor, bultos de frijol, arrancaron con todo. ¿Uno qué se iba a quedar cuidando? Nada, la casa, porque se llevaron todo (mujer de 21 años, vereda San Juan, municipio de La Unión)

El desplazamiento forzado genera rupturas fuertes y vertiginosas para las familias. Unido a todo aquello que implica abandonar el lugar de residencia y con ello la posibilidad de habitar y trabajar en el campo; los jóvenes también advierten la pérdida de los vínculos con los amigos, el cambio de escuela e incluso la salida del sistema escolar en los relatos acerca de esta experiencia.

El desplazamiento menoscaba la confianza de habitar un territorio y comunidad que se conoce e impone vivencias en la ciudad, la cabecera urbana del municipio o en otras veredas que generan un sentimiento de desarraigo e inseguridad. Además, supone dinámicas migratorias posteriores que generan nuevos cambios y rupturas. Tal como lo advierte este joven, se siguen enfrentando situaciones derivadas del desplazamiento “la guerra me ha tocado muy dura porque nos ha tocado trabajar muy duro además porque nos hemos tenido que mover de un lado a otro y se van perdiendo las cosas y volverlas a conseguir es muy difícil” (hombre de 17 años, vereda El Chrimoyo, municipio de Sonsón)

Memorias del reclutamiento

El reclutamiento forzado es una de las expresiones más directas de la guerra sobre los jóvenes, y en particular sobre los hombres jóvenes. Dentro del mínimo margen de maniobra que puede tener una familia al momento de enfrentar esta situación, la amenaza del reclutamiento sobre los hijos impulsa de manera vehemente a la salida de la vereda. “me vine de allá porque la guerrilla convidaba a mis hermanos a que se fueran con ellos” cuenta un joven de 17 años haciendo referencia a las razones del desplazamiento de su grupo familiar.

En las memorias de reclutamiento se manifiestan de manera importante las vivencias de los pares, amigos y los hermanos, referentes de los vínculos e intercambios sociales que se construyen en la juventud y con quienes se comparte la condición de riesgo ante el reclutamiento y la muerte.

“Nosotros nos vinimos de allá porque estaban matando y llevándose a los muchachos de la vereda, si ellos no querían se los llevaban a las malas. Cuando nos vinimos de allá

yo decidí volver por mi hermano mayor y en el camino me encontré con un amigo y cuando volví a subir para Sonsón me contaron que habían llegado por él y se lo llevaron a la fuerza, a los días siguientes lo encontraron muerto (hombre de 23 años, vereda El Chirimoyo, municipio de Sonsón)

Memorias de la muerte

En los recuerdos de los jóvenes están presentes experiencias traumáticas derivadas de la muerte de familiares y vecinos. La vivencia directa de estos hechos, las historias que conocen de alguno de sus amigos, los lugares de la vereda en donde quedan huellas de los asesinatos ocurridos producen miedos y temores que se originaron en la niñez y se encuentran presentes en sus vidas. Según Jelin, en el transcurso de la vida “los acontecimientos que dejan marcas más profundas son los de las etapas tempranas de la vida y las del momento en que se comienza a tomar conciencia del juego político en el que uno está inmerso, lo cual implica un “efecto retardado” de los aprendizajes” (2002:122).

Tenía por ahí seis años, vivía en Chalarca. Pero el día que vinieron a recoger los cuerpos, sí nos trajeron a nosotros porque no había con quién dejarnos, claro que yo no los vi porque ya los tenían tapados, pero sí vimos cómo los alzaban a un carro. Mi abuelita fue la que los reconoció (mujer de 21 años, vereda San Juan, municipio de La Unión)

Memorias de las minas antipersonales

“Yo siento miedo en La Honda, por allá está minado todo eso y quién sabe a cuántos más mataron por ahí” expresa un joven de 14 años en relación con un lugar que también otros jóvenes de la vereda San Miguel en el municipio de La Unión, asocian con el miedo y la tristeza. Estas memorias se vinculan con espacios específicos, sectores y lugares de la vereda que se reconocen como peligros y de acceso restringido. Expresan claramente la relación que Halbwachs (1990) planteó entre la memoria y el espacio mostrando como el lugar y el grupo recibe cada uno la huella del otro de manera que la memoria se inscribe dentro de un marco espacial definido.

Las minas antipersonales alteran la relación de las comunidades y de los jóvenes con su territorio. Su instalación establece marcas profundas en los espacios rurales y genera restricciones para la circulación por el campo y el juego como actividades presentes en la experiencia de la juventud en estas zonas. Además, son hechos que se traen al presente como una práctica de protección desde la familia y la escuela pues los territorios minados constituyen un riesgo latente para la comunidad en general, pero sobretodo para los niños y jóvenes.

¿Cómo recuerdan los jóvenes? Relatos que se construyen con otros

Memorias anónimas

La niñez como el tiempo biográfico en que se vivió la guerra, las vivencias de la familia que sucedieron en edades muy tempranas o incluso antes de que los jóvenes nacieran hacen que los relatos de otros estén muy presentes en los sentidos que se construyen del pasado. Aunque alrededor de la guerra persiste un silencio que proviene de la fractura de la confianza dentro de las comunidades, las historias encuentran canales, circulan y son apropiadas por otros. Es lo que

Kaufman (2006) denomina la línea de expansión social de las narrativas y la apropiación hecha, en este caso por los jóvenes, en función de la elaboración de sus propias memorias.

El lugar del que provienen los relatos no siempre se identifica claramente y se señala “dicen, cuenta, se ha dicho, he escuchado”, y por ello las denominamos memorias anónimas e imprecisas. Como lo expresa esta joven “me da miedo pasar de noche por la Floresta, porque dicen que por ahí lavaban muertos (mujer de 15 años, vereda San Juan, municipio de La Unión)

A partir de los relatos que se incorporan, se construyen otros marcos de comprensión o se completan los que ya se tienen para dar sentido a lo ocurrido, ¿por qué la gente salió de la vereda?, ¿por qué no se puede circular por algunos lugares?, ¿cómo operaban los grupos armados?, ¿cómo eran las relaciones entre los grupos armados y la comunidad y entre ellos mismos? Las respuestas están presentes en las narraciones de los jóvenes y expresan sus percepciones acerca de lo que vivieron y ocurrió en sus territorios. El testimonio de un joven de 14 años que señala claramente “yo nunca las llegué a vivir”, ofrece una imagen de los acontecimientos que se vivieron en su vereda, otorga lugares y valoraciones a los actores y muestra la comprensión que tiene en el presente acerca de ello.

[...] digamos que yo soy el dueño de la tienda entonces que llegue un guerrillero y me pida un fresquito o algo y yo se lo doy y ya el ejército llegue como a matarlo a uno. [...] recordar de los enfrentamientos cuando paraban así los carros y hacían bajar la gente muchas veces digo yo, yo nunca la llegue a vivir pero muchas veces el que no quería hacer caso y los mataban. Eso me parece muy maluco ¿por qué tanta guerra, tanta violencia? pa' saber que lo único que quedan son restos y lo único que quedan son cosas malas del país de uno, de la vereda, de la gente, ahh es que x o y persona estaba con estos entonces ya se volvió mala hay que mávalo entonces maluco (vereda San Miguel, municipio de La Unión)

Legados y silencios intergeneracionales

Para mí la memoria es recordar y no recordar. Recordar lo que le sucedió, lo triste; y a la vez no recordar, porque ¿para qué va ella [la mamá] va esos talleres? Para que uno se entretenga y no piense tanto en eso, para no devolverse tanto al pasado: es que a mí me pasó esto y me estancué. Para mí memoria es recordar y no recordar (mujer de 16 años, municipio de Sonsón)

Los procesos de memoria están atravesados por los vínculos generacionales. Tanto los recuerdos como los olvidos que desde allí se construyen se relacionan con la forma como se crean y disponen las relaciones entre unas y otras generaciones. De acuerdo con Kaufman (2006), la memoria familiar constituye un capital intersubjetivo donde los relatos son actualizados tanto por quienes los transmiten como por aquellos que los reciben. Estos procesos no se organizan de forma mecánica, al contrario están llenos de tensiones y disputas que se elaboran con secretos, preguntas, silencios e historias.

Las relaciones intergeneracionales cobran mucha vigencia en la guerra que ha vivido Colombia pues los relatos acerca de las vivencias de una generación se combinan con las realidades que deben enfrentar las siguientes en medio de una guerra que todavía no termina. Así lo plantea una joven de 21 años “Y llegará el día en que mi hija me pregunte por su familia y uno le contará el cuento”.

(vereda San Juan, municipio de La Unión). En las relaciones que se construyen en la familia reposan las memorias de guerras previas que dan lugar a las comprensiones que tenemos acerca de sus expresiones actuales.

Por allá nos contaban que la guerra dizque de los partidos, Liberal y Conservador⁷, que los liberales mataron los conservadores y conservadores a liberales. Mi papá hablaba de eso, la gente también por un color se mataban y yo no pensaba que eso iría a existir. Yo a veces pensaba: eso es mentira de mí papá, ¿es que por un color? Pensaba yo. Y cuando yo estaba de la edad de la niña mía, yo decía: la guerrilla se oía mentar pero en Cuba y de pronto aquí en Colombia, pero por los Llanos Orientales que eso ha sido como tan bravo por allá, ¿eso que va aparecer en la Unión o en San Miguel?, eso está muy lejos. La gente decía: eso que va a llegar a La Unión. Pero es que eso se volvió como una bomba, que en uno o dos años apareció, se creció eso. Yo no sé si es que los años van corriendo o las cosas le quedan en mente, es que eso comenzó en el 88 y hasta el dos mil y pico, eso estuvo muy prendido. O sea, que uno se creció de un momento a otro, y ya donde se puso cachorro [joven] fue donde le tocó lo duro (hombre adulto, vereda San Miguel, municipio de La Unión)

Las memorias que circulan a través de vínculos generacionales permiten no solamente comunicar y apropiar sino también crear marcos de comprensión de la guerra, sus actores y escenarios. Los jóvenes no reciben de manera idéntica los legados de sus padres y existe un margen que permite incorporarlos en distintos grados e incluso no hacerlo. Estos a su vez, se fusionan de manera dinámica con otros recuerdos que circulan por canales diferentes.

Nosotros estábamos en la esquina de la alcaldía y él se había ido a vender una papa y entró a tomarse una cerveza [...], y don Alonso el de la tienda le contó a mi mamá, que se estaba tomando una cerveza y que llegó la policía y que lo requisó. Y que la policía ni llevaba media cuadra, que cuando llegaron y le pegaron los tiros y no se volvieron a mirar qué había pasado o qué, sino que siguieron como si nada hubiera pasado. Imagínese que llegó mi tío [...] y nos dijo que lo habían matado. Llegó la policía y lo montaron en ese carro y tuvo tiempo de llegar primero mi tío al hospital, que arrancó después de la policía, que llegar ellos con él. Yo pienso a veces lo que dice mamá, que la policía estaba como de acuerdo a que hicieran esas cosas en ese tiempo. Mamá dice: hasta puede ser la misma policía la que lo haya matado, porque muchas ocasiones resultaba así, la policía era la que mataba (mujer de 16 años, municipio de Sonsón)

Por su parte, en los relatos de madres y padres hay silencios que se construyen en función de la relación que establecen con sus hijos e hijas y sus edades “La verdad, nosotros les contamos que hubo mucha violencia, que mataron mucha gente, pero hay muchas cosas que no se les ha contado. Pues Jaime ya está muy grande, pero la niña me parece que está muy pequeña todavía” (mujer adulta, vereda San Miguel, municipio de La Unión). Las justificaciones para no hablar de estos recuerdos con los hijos son diversas “Yo pienso que no le voy a hablar a él. Pues, si a él no le tocó, por qué contarle” (mujer adulta, vereda San Juan, municipio de La Unión). Los límites se establecen a partir de su poco criterio y en medio de muchas dudas “Ellos me preguntan algo y yo les cuento hasta donde yo vea que no es como muy fuerte. Pero la verdad no sé cuál será el momento

⁷ Se refiere a la denominada violencia partidista en Colombia, período que se ubica entre 1945 y 1965 (Sánchez y Meertens, 2006)

en el que uno pueda hablar con ellos y contarles bien como fueron las cosas” (mujer adulta, vereda San Miguel, municipio de La Unión).

Lejos de estar resuelto, este es un asunto que dentro de las familias apenas se enfrenta. “[...] por ejemplo cuando nos tocó desplazarnos la última vez, yo estaba en embarazo de ella y eso fue demasiado duro; pienso que de pronto le da miedo, por eso es que no le cuento” (mujer adulta, vereda San Miguel, municipio de Sonsón). El miedo sigue vigente y se construye no solo por lo que pueda generar el relato en el presente, sino también en el futuro de sus hijos e hijas en medio de la continuidad de la guerra “A mí me da miedo es por eso, porque así uno no los hubiera conocido, algún día vuelven a resultar los paramilitares, los muchachos que apenas están creciendo dicen: esos fueron. Entonces eso va generando más venganza, más odios” (mujer adulta, municipio de Sonsón).

La situación no es diferente para los jóvenes “con mi mamá no hablo, porque cuando uno habla de eso, de una siente la tristeza o ella de una se pone a llorar y entonces eso es como muy maluco” (mujer joven 16 años, municipio de Sonsón). Sus preguntas e inquietudes también se resuelven a través de otros vínculos que no se limitan a los de padres e hijos “Ella mejor se ahorra las palabras, uno escucha cuando le está contando la historia a otras personas, o porque la tía o la mamita [la abuela] se lo cuenta a uno, pero ella en ese tema es muy cerrada” (mujer de 16 años, municipio de Sonsón)

En la construcción intergeneracional evidenciamos los usos que padres y madres otorgan a las memorias. Lechner y Güell señalan que “los diferentes usos se guían por una misma brújula: el futuro. Es en miras al futuro que el pasado es revisado y reformulado” (2006:19). Encontramos que la valoración del presente, la protección de los y las jóvenes y la reivindicación de la dignidad son marcas que definen los propósitos de la memoria en las familias.

Memorias para valorar el presente

Son construidas por padres y madres para generar en los jóvenes valoración por las condiciones del presente, que se consideran distintas a las de períodos anteriores y que por el impacto de los hechos se encuentran muy vigentes en la memoria de los adultos. Al referirse a la importancia de nombrar con sus hijas lo que ocurrió en la vereda, esta madre advierte que lo hace con el propósito de lograr reconocimiento y valoración por las condiciones actuales, que se diferencian significativamente de las que ella vivió, “[...] mirar lo que ellas tienen en este momento, a lo que les tocó vivir, saber que salen, entre comillas, en una tranquilidad. Si ellas se ponen a analizar, los niños de esa época demás que salían y se iban a encontrar con un paraco⁸ o un guerrillo⁹, o una balacera” (vereda San Juan, municipio de La Unión).

Memorias para proteger

La vinculación de los jóvenes a la guerra y en particular el reclutamiento forzado es una amenaza latente. De allí que se considere importante hacer memoria con el propósito de advertir los riesgos de la guerra y reforzar esquemas de autoridad y protección sobre los hijos, particularmente sobre los hombres. Estas se construyen en función de las imágenes y referentes que se tienen acerca del

⁸ Denominación que reciben los integrantes de los grupos paramilitares

⁹ Denominación que reciben los integrantes de los grupos guerrilleros

lugar de los jóvenes en la guerra e intentan no perpetuar asuntos que se consideran no resueltos por otras generaciones.

[...] muy bueno que hoy la juventud se dé cuenta de lo que pasó en ese tiempo y que esa experiencia se la cuente uno a los hijos, ya uno les cuenta eso y no entran en ese conflicto de tiempos pasados. Porque lo que pasó en las épocas del noventa, mucho pelado resultó involucrado con los grupos ilegales, como quien dice, guerrilla, lo que tocó primero esta zona, fue la guerrilla, o sea, muchos de los pelaos que no conocían ese tema, se fueron con ellos y muchos de los padres de familia, que ya como adultos no habían tenido esa experiencia, nunca tocaron ese tema ante los hijos, fue como un engaño. [...] Yo se los cuento, que no vayan a resultar involucrados con un grupo armado, que alguien les ponga una oferta de esas, a ver uno en qué los puede aconsejar a ellos y saber en qué parte andan los hijos. Lo primero que nosotros les decimos es: si se van a ir de la casa, pidan permiso, digan para dónde van, ya uno les pone qué tiempo se pueden demorar, o sea, que no pierdan la comunicación de los padres. No como en la época de nosotros, que la comunicación de nosotros era poco, del estudio al trabajo y del trabajo a la casa; fue como una ignorancia más bien, porque a uno nunca le tocaron ese tema, los jóvenes inocentes, tanto como los padres de familia (hombre adulto, vereda San Miguel, municipio de La Unión)

Memorias para reivindicar

Estas cumplen funciones en dos ámbitos distintos. En la familia permiten restituir la dignidad de los ausentes y crean significados para los más jóvenes con los cuales se enfrenta la vergüenza que socialmente se ha construido en torno a las víctimas y la culpa que se les otorga desde comprensiones estrechas de la magnitud y dimensión del conflicto armado.

Una vez me dijo: mami, la verdad, la verdad, ¿papá era malo? Y yo le dije que por qué y ella dijo: porque es que en el colegio dijeron que mataban no más que a los malos. Yo le dije: no, su papá no era malo, era muy bueno, la gente que lo mató es la mala. Yo le dije: es que en ese tiempo mataban por ver caer y tumbaban las puertas y si este no se dejaba matar, mataban al otro que no estaba dejando matar a ese o llevárselo. Y le dije: es que nadie tiene por qué quitarle la vida a otra persona por muy malo que sea (mujer adulta, municipio de Sonsón)

Adquieren un papel particular en términos de que la familia intenta, a pesar de lo sucedido, garantizar los intercambios sociales de los jóvenes y aminorar los efectos de los señalamientos sociales que se construyen frente a los hijos huérfanos en espacios como la escuela “a ella era a la que más molestaban porque no tenía papá, que porque se lo habían matado. Ella tuvo un tiempo que decía que no quería ir al colegio por eso” (mujer adulta, municipio de Sonsón).

Por otra parte, consideradas dentro del territorio, se acude a estas memorias para hacer frente a las marcas que la guerra instala sobre las comunidades, discutir las y cuestionarlas. En el marco de los horizontes posibles, corresponden a las memorias que permitirían a los jóvenes construir otras relaciones con sus territorios a partir de marcas identitarias creadas sobre lecturas distintas de la guerra.

Es que sufrimos tanto, es que hasta me parece increíble que hubiéramos vuelto. Y por las tardes yo me pongo a hablar con mi hermano y uno se pone a recordar a todos los

amigos que le mataron, que eran de la misma edad de uno, estaban muy jovencitos y uno se pone a mirar y a uno le da como tanta tristeza, que a uno le da ganas de volverse a ir, es como tristeza lo que le da a uno todo lo que pasó, fueron muchos amigos los que mataron en ese tiempo. Es que es más. Nosotros decimos que si les contamos a ellos, ellos no nos creen, que si les contamos cómo fue, no nos van a creer, van a pensar que somos mentirosos y que ahora esto tan tranquilo, que eso son mentiras, piensa uno. Es bueno conversarlas y que no quede en el olvido, que la gente sepa realmente qué pasó y para que los demás, los que miran la vereda feo, los que piensan feo de las personas de acá, que vean que las personas de acá no somos malas, que son cosas que pasaron en ese momento (mujer adulta, vereda San Miguel, municipio de La Unión)

El olvido, lugar de la guerra en las memorias de los y las jóvenes

De acuerdo con Lechner y Güell “Memoria y olvido son dos caras de la misma medalla. No solo la memoria, también el olvido es una construcción social” y denominan “memorias silenciosas” a aquellas en donde “el silencio no equivale a un olvido. El pasado está presente, pero callado. No habla, no tiene palabras” (2006: 33-34). A partir de su trabajo con jóvenes, Riaño (2006) señala que los olvidos son una práctica de memoria. Acudimos a estos elementos porque resultan pertinentes en la comprensión del lugar de la guerra en las memorias de los jóvenes.

Uno trata mejor de no hablar del tema. Sin embargo, uno perdió seres queridos en eso, entonces es difícil, es algo con lo que uno tiene que vivir, que de todas maneras pasó y muchos perdimos familiares, pero uno trata mejor de no recordar, pero es algo que tenemos que vivir con eso (mujer de 21 años, vereda San Juan, municipio de La Unión)

Encontramos que el olvido es precisamente el lugar donde los jóvenes desean situar sus experiencias y vivencias de la guerra. Esto no supone la inexistencia de la memoria como práctica, muestra que estos recuerdos corresponden a procesos traumáticos fuertes que producen dolor, miedo y aún no se logran comprender. Una joven de 14 años advierte que la muerte de su padre es un hecho para no recordar “cuando hablan de mi papa a mí me da mucha tristeza” “¿por qué lo mataron sabiendo que él era inocente?” (vereda Roblalito, municipio de Sonsón). Estos sentimientos y emociones que dan forma a las memorias muestran el significado que esos hechos adquieren en el presente.

Yo tenía tres y mi hermanita cinco años. Mi hermanita desde eso quedó con un trauma total. Ella ve un soldado y le corre las cuerdas que sea, y ella más chiquita decía que ellos eran los que habían matado el papá y nunca se le ha quitado ese miedo; y antes escuchaba el carro de la policía y ella le corría, a llegar primero a la casa o se escondía donde fuera y todavía, ella ve un soldado y le corre (mujer de 16 años, municipio de Sonsón)

La tensión entre memoria y olvido se expresa al ubicar las memorias individuales en un marco social más amplio. Los jóvenes prefieren situarse en el presente y evitan hacer referencia a los hechos derivados de la guerra en sus territorios, más aún si tenemos en cuenta que éstos referentes constituyen una fuente de reconocimiento ante otros. Los planteamientos de un joven permiten comprender mejor los silencios y sombras y el lugar que ocupa la guerra en sus memorias.

[...] porque son cosas que en el fondo duelen mucho y transformarlas y traerlas hoy en día, sabiendo que uno puede vivir en el presente. Yo pienso que es mejor estar aquí y

no estar muy atrás, porque yo me siento identificado con el dolor que sintieron muchas personas en esos momentos. Yo digo eso porque la gran mayoría de proyectos que vienen a San Juan es por ese mero motivo, porque la población sufrió eso y quieren tratar de superar eso (hombre de 19 años, vereda San Juan, municipio de La Unión)

Memorias y experiencias de la juventud en contextos de guerra

“La juventud rural tiene dos marcadores identitarios generales, uno etario y, por lo mismo, temporal, provisional, y otro socioespacial, más fijo, si se quiere, portador y fruto de situaciones y condiciones que sus pobladores no pueden controlar” (Osorio, Orjuela y Jaramillo, 2011: 1). La experiencia de la juventud se construye en un territorio concreto que denota, condiciona y posibilita las vivencias de este grupo social. En este sentido, consideramos que ser joven en un territorio marcado por la guerra adquiere significados específicos reflejados en sus memorias y sentidos otorgados a lo ocurrido.

La guerra deja huellas en el territorio, algunas físicas que se pueden observar y otras simbólicas que adquieren visibilidad en los relatos e historias que circulan. Las memorias están situadas en lugares específicos, aquellos donde los jóvenes desarrollan su vida cotidiana. Los territorios minados, los monumentos que se construyen en memoria a los muertos, las casas derrumbadas, los lugares donde sucedieron hechos violentos aparecen en los relatos de los jóvenes marcados por sentimientos de miedo y tristeza que limitan su movilidad, definen horarios y rutinas y en suma, confieren matices a la construcción de la experiencia de la juventud en estos territorios.

Subiendo a la Palmita, hay en el camino los calvarios¹⁰, que fue donde mataron, no me acuerdo cuántos, pero la guerrilla los mató (hombre de 15 años, vereda San Francisco, municipio de Sonsón).

Habitar territorios reconocidos como peligrosos genera dilemas y desafíos a los jóvenes. De un lado se enfrentan a valoraciones negativas acerca del territorio en que viven y las posibilidades que ofrece al tiempo que se reivindica la necesidad de reconocimientos que se configuren a partir de otras realidades y referentes del lugar que habitan.

Porque yo digo que San Juan tiene cosas positivas que contar, lo que pasa es que no las vemos o no las valoramos, y una de esas es el agua. Somos una vereda rica en agua y ni siquiera conocemos el acueducto. La violencia no nos gusta mucho recordarla, porque a muchos nos tocó directamente la violencia, vivirla, sentirla, y acordarse no me gusta, como referente siempre voy a tener algo negativo. Entonces en vez de acordarnos de eso, debemos tener en cuenta lo positivo. Siempre que se habla de San Juan, nunca se va a hablar del acueducto o del deporte, o de Sanfrut [un proyecto productivo] o de la escuela, siempre se va a tener como la vereda que más sufrió por la violencia (hombre de 19 años, vereda San Juan, municipio de La Unión)

Las marcas de la guerra tanto como los reconocimientos que se construyen alrededor de los territorios rurales terminan por incidir en las trayectorias futuras de los jóvenes. En medio de las oportunidades limitadas que muchas veces ofrecen sus contextos y el deseo de sus padres por un futuro diferente para sus hijos e hijas, la guerra termina por reforzar las razones para salir del

¹⁰ Son monumentos que las familias construyen en el lugar donde ocurrió la muerte de alguien y donde registran su nombre y la fecha del hecho

campo. Aunque los procesos de construcción de memorias tendrían un importante papel al respecto, el camino apenas comienza y el lugar de la guerra en las memorias de los jóvenes así lo sugieren.

Reflexiones finales

Pese a que la región del Oriente Antioqueño muestra un nivel de avance significativo en los procesos de construcción de memorias e incluso estos se pueden considerar inéditos a nivel nacional en términos de las formas organizativas y expresiones locales y regionales, la participación de los jóvenes es débil. Aún se tiene un largo camino por recorrer frente a la memoria, que no es exclusivo de la región sino del país en general. Se requiere un marco intergeneracional e intergéneros a través del cual se cierren las brechas que existen y sea posible la creación de alternativas y horizontes de futuro para el conjunto de la sociedad. Es necesaria la articulación de iniciativas y actores en diferentes niveles y ámbitos, los tejidos locales de la memoria necesitan articularse en tramas más amplias que potencien los alcances de los procesos y la diversidad de expresiones que adquieren.

Los jóvenes habitan territorios marcados por la guerra y se enfrentan a dilemas y asuntos no resueltos de la misma. La guerra genera marcas específicas en la experiencia de la juventud y el proceso de construcción de identidad que conlleva ¿cómo construir marcos de identidad que no se limiten a la guerra?, ¿cómo nos ven los otros? y ¿cómo estas experiencias definen las trayectorias de los jóvenes y sus expectativas de futuro en sus territorios? La aproximación realizada, aunque de alcances concretos, muestra que la guerra impacta profundamente los lugares vitales de los jóvenes, aquellos que representan seguridad, tranquilidad, alegría. Altera el sentido mismo de la vida, la construcción de las relaciones y los vínculos con el lugar que una vez tuvo sentido de protección. En este escenario, la construcción de memorias adquiere un gran potencial y las voces, interpelaciones y sentidos de los jóvenes puestos en diálogo con otras generaciones pueden aportar de manera significativa a la construcción de otras valoraciones sobre los territorios rurales.

La escuela aparece como una instancia fundamental de frente a la producción de memorias de la guerra. Es un escenario para la construcción de la memoria y no puede continuar aislada de esta tarea. No se debe desconocer el lugar desde el que se construye el conocimiento y la posibilidad de incorporar sus realidades como sustrato para la formación de los jóvenes y la creación de lecturas críticas que permitan alternativas de transformación de sus condiciones actuales. La escuela aparece como un escenario apropiado para la difusión y puede cumplir una labor de ensamblaje entre las iniciativas que se adelantan en el orden nacional y regional con las comunidades asentadas en el territorio microlocal.

Bibliografía

ACCIÓN SOCIAL 2010 “*Dinámica del desplazamiento forzado*”. (Bogotá: Informe oficial)

Anuario Estadístico de Antioquia 2012

<<http://antioquia.gov.co/PDF2/anuarios/2012/data/poblacion/capitulocompleto.html>>.

CNRR 2009 *Memorias en tiempos de guerra. Repertorio de iniciativas* (Bogotá: Punto Aparte Editores)

CNRR 2009 *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para construir memoria histórica*. (Bogotá: Fotoletras)

CODHES 2013 “Número de personas desplazadas por departamento y año de llegada. Sistema de Información sobre Derechos Humanos y Desplazamiento SISDHES. Período 1999-2012.
<http://www.codhes.org/index.php?option=com_si&type=1>.

Del Pino, Ponciano; Jelin, Elizabeth (comp.) 2003. *Luchas locales, comunidades e identidades* (Madrid: Siglo XXI Editores)

Feixa, Carles 1998. *De jóvenes, bandas y tribus* (Barcelona)

González, Adriana 2006 “Acción colectiva en contextos de violencia prolongada” en *Estudios Políticos* (Medellín) N° 29

Halbwachs, Maurice 1990 “Espacio y memoria colectiva. En *Estudios sobre las culturas contemporáneas* (Colima) N° 009

Jelin, Elizabeth 2002 *Los trabajos de la memoria* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores)

Jelin, Elizabeth; Sempol, Diego (comps.) 2006. *El pasado en el futuro: Los movimientos juveniles*. (Buenos Aires: Siglo XXI)

Jelin, Elizabeth 2014 “Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes” En *Clepsidra Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* (Buenos Aires) N° 1

Kaufman, Susana 2006 “Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias” en Kaufman, Susana; Jelin, Elizabeth (comps.) *Subjetividad y figuras de la memoria*. (Madrid: Siglo XXI Editores)

Kaufman, Susana; Jelin, E (comps) 2006 *Subjetividad y figuras de la memoria* (Madrid: Siglo XXI Editores)

Lecher, Norbert; Güell, Pedro 2006 “La construcción social de las memorias en la transición

Chilena” en Kaufman, Susana; Jelin, Elizabeth (comps.) *Subjetividad y figuras de la memoria*. (Madrid: Siglo XXI Editores)

García, Clara Inés 2004 “Resistencias. Análisis comparado de la acción colectiva frente a la guerra en Urabá y Oriente Antioqueño” en *Nómadas* (Bogotá) N° 20

García, Clara Inés 2007 “Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: De la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz” en *Controversia* (Bogotá) Tercera Etapa N°189

GMH 2013 *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* (Bogotá: Imprenta Nacional)

González, Adriana 2006 “Acción colectiva en contextos de violencia prolongada” en *Estudios Políticos* (Medellín) N° 2

Ley de Víctimas y Restitución de Tierras 2011

Osorio, Flor Edilma 2009 “Recomposición de territorios en contextos de guerra. Reflexiones desde el caso colombiano” en *Memorias del Seminario Territorialidades rurales en el siglo XXI* (Bogotá: Editorial Javeriana)

Osorio, Flor Edilma; Orjuela, Amada; Jaramillo, Olga Elena 2011 “Jóvenes rurales: Identidades y territorialidades contradictorias. Algunas reflexiones desde la realidad Colombiana” en *Énfasis Boletín del Observatorio Javeriano de Juventud* < portal.javeriana.edu.co/portal/page/portal/Centro_Atico/pruebas2/recursos_ojj/OJJ_Tema%20central_b1.pdf>

Osorio, Flor Edilma 2013 “Juegos democráticos y guerra irregular en Colombia: Entre la simbiosis y la contradicción” En publicación.

Riaño, Pilar 2006 *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia)

Sánchez, Gonzalo 1984 *Los días de la revolución*. (Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán)

Sánchez, Gonzalo; Meertens, Donny 2006 *Bandoleros, gamonales y campesinos* (Bogotá: Punto de lectura)

PNUD 2006 “*Buenas prácticas para superar al conflicto (BPSC). El comité de reconciliación del municipio de San Francisco, Antioquia 2006*” <http://www.saliendodelcallejon.pnud.org.co/buenas_practicas.shtml?x=7562>

Villa, Juan David 2009 “La memoria como territorio en disputa y fuente de poder” en Reátegui, Félix et al *Recordar en conflicto: Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia* (Bogotá: ICTJ.)